



**MIGUEL
ANGEL
ASTURIAS
& PABLO
NERUDA**



**Comiendo
en
Hungria**

Corvina

Hojaldre y relleno de un libro a la carta

Escribe: FLAVIO DE CASTRO

Sí: un libro escrito “a cuatro manos” por Neruda y Asturias.

Un libro sobre la buena mesa, sobre la buena vida..., escrito en un país socialista. Editado bellamente —con lujo estético— en el mismo país socialista, y luego en común con una famosa editorial de la cristianísima España..., cuyo comercio con los países socialistas tampoco constituye —que se sepa— pecado alguno.

Un libro en el cual los versos corren en su mayor parte a cargo del prosista y la prosa al cuidado del poeta, lo que no pretende ignorar que ambos eran lo uno y lo otro como pocos lo han sido.

“¿Tanto aman a Hungría?”, les preguntó el poeta Iván Boldizsár cuando le confiaron, después de recorrer, comer y beber el país todo, el propósito conjunto de escribir con hambre y sed saciadas en la mesa, en la geografía y en la historia húngaras, ese libro sui-géneris. “¡Tanto amamos la vida!”, le respondieron jubilosamente y procedieron a escoger los símbolos con que habrían de firmar sus cantos sazonados: el tenedor, bidente, para Neruda; la cuchara, profunda, para Asturias.

* * *

El libro llegó a nuestro poder por el camino de la ignorancia, o acaso por el de la extrema pobreza, que no siempre son uno solo. No de otra manera se explica que lo hayamos ha-

llado en un mercado de viejo, siendo como es un libro nuevo —escrito a partir de 1965 e impreso en 1972—, y, además, rozagante de ajíes, vinos, carnes y paprikas.

Tememos presentarlo como algo curioso, raro, casi desconocido en nuestras cocinas y mucho más en nuestro ambiente cultural, porque ciertos intelectuales dirán —siempre ocurre así— que Neruda no daba plumada sin consultarles y que Asturias tampoco gastaba tinta en vano. Pero a riesgo de quedar mal con los amigos póstumos de los hombres famosos, nuestra intención ha sido permitir que otros participen, en alguna medida, de este gran banquete cuya lectura nos convirtió la boca en una cava y en una cazuela, alternada y afortunadamente.

Hemos reproducido la portada como título de esta reseña. En cuanto al antetítulo —nuestro—, que no haya confusión o duda: empleamos el término **relleno**, pero no, desde luego, porque al libro le sobre nada, sino en la acepción sabrosa que exige este caso deliciosamente vital: “Picadillo sazonado de carne, hierbas u otros manjares, con que se llenan aves, hortalizas, etc.”...

Pasemos, pues, a la mesa.

* * *

*“Benedicta sit terra quae te germinavit.
Benedicta mulier quae te misit.
Benedictus ego qui te bibo.*

—El Papa Benedicto XIV, al agradecer unas botellas de Tokay que le envió la Emperatriz María Teresa”.

Descreídos a su modo, Neruda y Asturias no calumnian al Pontífice ni a la Soberana en este epígrafe —en este brindis— de su obra:

*Bendita la tierra que te germinó.
Bendita la mujer que te envía.
Bendito yo que te bebo.*

Ahí sí que provoca añadir amén.

¿Y Tokay?... Tokay es —aprendemos en el “Léxico abreviado de las comidas, bebidas, tabernas y restaurantes de Hungría, incluyendo también algunas delicias gastronómicas”, con

que cierra la obra el poeta Zoltán Halász—, una región que da su nombre y debe su renombre a los vinos y a los mostos que produce:

*Doy al Tokay translúcido
la copa de mi canto;
cáe, fuego del ámbar,
luz de la miel, camino
de topacio,
cáe sin que termine
tu cascada,
cáe en mi corazón, en mi palabra,
y que la transparencia
de tu verdad de oro
enseñe a mis raíces
a elevar la dulzura
desde la seca sombra subterránea
hasta la rectitud del mediodía.*

*¡Oh vino, vino claro,
don tranquilo
del tiempo perturbado!
¡Ay, recónditos montes,
zarzas ensangrentadas,
ay, estepas de Hungría!
No sólo tiene aroma
la primavera errante
de los húngaros:
la maltrató el galope
de amargos invasores,
la tierra se agrietó con los tormentos
y sangre y llanto entraron por las grietas.*

*¡Honor a tus racimos!
La desencadenada cabalgata,
la cimitarra ciega,
los castigos,
el viento de la furia
y las cenizas
de la tierra arrasada,
la espiga cruel del odio,
la tormenta*

*repetida en tu pecho de paloma,
nada pudo cortar el hilo de oro
de tu multiplicada primavera,
y en esta copa clara
la dicha y la desdicha
compusieron
el vino de la patria vencedora,
el fuego y su triunfante alegoría.*

*En mi desordenado corazón
impone, oh vino de Tokay, fragante,
la razón de la luz:
ordena mi delirio!
Vengo de los volcanes insurrectos,
de los ásperos ríos que cortaron
las manos de mi pueblo,
esta es mi copa, llénala
con tu fogosa fuerza
delicada,
enséñame a sacar de la aspereza
tu columna de oro y levantarla
intacta, contra el viento.
Hijo desnudo de la tierra, deja
tu raíz en mi canto. Y en mi boca
tu experiencia celeste.*

Pero no nos desbordemos, todavía ni de golpe, sino hecha una pausa y lentamente. Pausa reflexiva: Neruda profeta, Chile al fondo con sus viñedos y su sangre.

He aquí, pues, los títulos de Neruda, sobre el bidente gráfico que los identifica en el libro: Está de moda comer, prólogo (prosa); Los "poetas gordos" (prosa), Sopa de pescado (prosa), Legumbres (prosa), Las artes del repollo (prosa), Fois-gras (poema), Alabardero (prosa), El pez y la flecha (prosa), Pilvax y melancolía (prosa, con cita de un fragmento del poema "El Bebedor", de Sándor Petőfi); Citadella (prosa), Medio Domingo en Budapest: I—Españoles en la pared (prosa), II—Terraza con isla (prosa), III—El ciervo sonríe (pequeña balada antes de entrar a comer en el restaurant "El Ciervo de Oro"); IV—El almuerzo, pequeña balada saliendo del "Ciervo de Oro" en 1965 (prosa y verso); Antes del almuerzo bajaron del cielo

(prosa), La copa grande (poema), Sangre de Toro (soneto), Hacia Kecskemét (prosa), Tihany (prosa), Tokay (poema).

Sobre su cuchara, los títulos de Asturias: Hungría, confluencia de ajíes y paprika (poema), Rehabilitación de la sopa (prosa), Gulash (poema), El Ancla (prosa), Hungría (prosa), El alegato del buen comer (prosa), Fuente de Visegrád (soneto), Apetito in fraganti (prosa), Bandeja de piedra (poema), Al decir de Mór Jókai... (poema), Epílogo (prosa).

Y ambos —cuchara y bidente—, Brindis en la taberna de “El Puente” (diálogo en prosa): (...)

A. — A mí ¡qué quieres!, el ambiente, las gentes, todo, me devuelve a mi viejo barrio de corte español de una muy leal y muy noble Ciudad de Caballeros. (...)

N. — Lo bello son estas calles viejas de Obuda con tantos techos de tejas que no gastó el invierno milenario, y este río a esta hora silencioso como un gran bebedor que duerme su vino. Lo bello son estas consignas de la alegría que esperan en esta taberna los comensales.

A. — Trato de imaginar entre estas gentes que beben y comen, hacen ademanes, hablan, ríen, brindan, se dicen bromas, siguen por momentos las melodías de una de las músicas que tocan los violines, cantando con magníficas voces, trato de imaginar, te decía, al gran escritor húngaro Gyula Krúdy que hacía de este restaurant su lugar preferido. Gyula Krúdy, contra lo que cualquiera se imagina, era no el bohemio de crin larga y caspa en los hombros, de copa de licor frente a los ojos fijos y de la amada inmóvil, sino el señor de todo lo creado en la cocina de “El Puente”. (...) Se hizo célebre no sólo por sus novelas, que publicaban los periódicos de la época en folletines, sino por estos sensacionales asados a la criolla que aquí se llaman “carne a la Krúdy”.

N. — Hizo bien Gyula Krúdy en dejar no sólo libros en las estanterías, sino este plato que sale cada hora de la parrilla. (...) “Nos hemos comido estas páginas con deleite y bebemos una copa de vino rojo a la memoria del compañero inmortal”.

* * *

Daría para más de una interpretación aquello de “¡Está de moda comer!”, con que Neruda se abre de pluma y servilleta:

“Con piedra y palo, cuchillo y cimitarra, con fuego y tambor avanzan los pueblos a la mesa. Los grandes continentes desnutridos en mil banderas, en mil independencias. Y todo va a la mesa: el guerrero y la guerrera. Sobre la mesa del mundo, con todo el mundo a la mesa, volarán las palomas.

Busquemos en el mundo la mesa feliz.

Busquemos la mesa donde aprenda a comer el mundo. Donde aprenda a comer, a beber, a cantar! La mesa feliz. Hungría nos gustó y la gustamos. Somos golosos venidos de allá lejos, de tierras calientes que siguen ardiendo y tierras frías que viven con la nieve. Teníamos hambre ancestral, siglos de hambre maya, edades de guerra y hambres de Arauco, hambrunas de Castilla que empujaron a América la soldadesca imperial.

Estas hambres caminan en nuestra sangre y nos dotaron de una curiosidad infinita por cuanto se come.

Estas hambres reunidas nos dieron un apetito devorador. (...)

Cuanto comimos con gloria, se lo decimos en este pequeño libro al mundo.

Es una tarea de amor y de alegría. Queremos compartirla”.

* * *

Y, entre nosotros —hablamos de Colombia— está de moda la paprika. Se ha iniciado el combate entre el ají campesino y alegre y aquel polvo exótico. Cuenta Asturias que viene de Hungría; que en un viejo libro de 1775 titulado “Las Flores y Hierbas del Nuevo Jardín Húngaro”, se dio por primera vez el nombre de “paprika” a lo que antes se llamaba pimienta turca; que fueron los horticultores de las regiones de Szeged y Kalocsa los creadores de la “paprika” roja predilecta de los húngaros y hoy conocida en todo el mundo.

¿A qué viene todo esto? Pues, por lo menos, a saber qué es lo que tragamos, masticado o entero. Y, principalísimamente, a picarles la curiosidad a los lectores por el poema “Hungría, confluencia de ajíes y paprika” que aparece en otra página ardiente de este Boletín.

* * *

“Hay un ruido interno de relojería cósmica en el granear de las estrellas”, piensa Asturias en medio de la noche danubiense.

Neruda, a su turno, anota al día siguiente: “La gente de Medio Domingo en Budapest es sosegada. Los motorizantes par-

tieron hacia montes y playas. Nos rodea una multitud sentada que bebe, piensa, come, ríe y escucha con una isla en la mano. (...).

“Esos suaves domingos existen; cuando, a las once de la mañana, suena el verdadero cucú en el bosque budapestino, un sol de lujo corre con el río como si la luz quisiera navegar con las embarcaciones, y quedara justo el sol que debemos compartir. Son los días de Museo, los Domingos en que unos corren al agua y otros a la Pintura”.

Y ¿qué opina Neruda sobre la Pintura (con mayúscula como él la escribe didácticamente), en particular sobre los pintores españoles? Transcribámoslo, con perdón de “críticos” y “maestros”:

“Veamos esta sala española que me recuerda Domingos de Madrid, con escalinatas y columnas del Prado, y casi el mismo sol de Hungría.

¡Gran belleza, dolorosa belleza!

Porque los Goya nos reciben. No son muchos, pero hablan con ese lenguaje fino y cortante, y esta tranquilidad de cuchillo que puso Goya en su acerada expresión. Pasemos por alto el opíparo retrato del marqués Caballero que sigue condenando infieles a la hoguera, con la cruz de Santiago sobre el corazón vacío. El afilador de cuchillos y la moza del ánfora son nuestros españoles, populares y abrumados. El afilador nos lanza una mirada cargada con siete siglos de hambre, una mirada tan profunda y directa, tan acusadora que sólo Goya la pudo pintar sobre el molleón y el cuchillo, en actitud de dolor y de amenaza. Y aquí pintó Don Francisco los ojos negros de España y lo que pasó y pasará. La moza del otro cuadro fue por agua y se detuvo un instante con la jarra en la cadera y no hay rostro de campesina como ese, campesina que espera que la retraten, y ella lleva a su segador el agua y el pan, y agua y pan y segadores y campesina como manzana, aquí se quedaron en este cuadro en Budapest.

Los Zurbarán con sus camisas tiesas y los Ribera llenos de carne se acercan en la pared a seis o siete Grecos que abren la sala a la eternidad.

Los Grecos de Budapest con sus verdes recién inventados, sus azules espectrales, sus rojos de tinta y agua, tienen detrás el humo desconocido, como si las figuras de ángeles y madonas se fueran cociendo en un horno, fueran hechas de llamas y cenizas, y cubrieran por fin el panorama de Castilla con el humo de la elaboración. Y esta Santa con cara de loca, que lee un libro con el tacto de la mano y atiende la visita de un angelote que la invita al cielo, tam-

bién es invitada al incendio universal y se mantiene neutral y estática en la humareda cósmica.

En este Domingo me reconcilié con Murillo. Sucede que allí encontré el retrato de un desconocido, de grandes orejas y gruesos labios. Hay tanta profundidad en la expresión de este caballero desengañado, es tan dominante la realidad de este hombre vivo, que Murillo se me reveló como humano, como gran verdadero y no como ese celestial pintor celeste y rosa que nunca me gustó mucho. Me dije para mí mismo, mientras me alejaba del Museo: ¡cuidado con estos pintores españoles! El viento hace volar los ángeles azules y se queda frente a nosotros una mirada sombría que nos hace temblar”.

Neruda, sin embargo, no perdió el apetito ante los premonitorios óleos españoles. El mismo Domingo vio que un cornúpeta le sonreía desde la vieja muestra del restaurante “El Ciervo de Oro”, antes de entrar al cual rehizo el espíritu en el paisaje adyacente:

*Aquí están las colinas con tanto follaje
que el falso castillo de cabeza calva
no tiene perdón: no le crece una hoja
en el tejado. Pero
la iglesia de Tabán es una fruta amarilla,
una dulce pera de oro,
es un pequeño y largo pan ofrecido a los dioses.*

*Más allá están los puentes a punto de volar
y el río cuya cinta corre sin consumirse.*

A comer, entonces! Y después de comer y de beber, de beber bien y más, a la salida del “Ciervo de Oro” al poeta —a quién no!— le cambian las tonalidades ambientes y se le arremolinan los aspectos circundantes, pero sin que su ánimo pierda el traje pentacolor ni la ebriedad del vino opaque la embriaguez universal:

*¿Por qué la Iglesia de Tabán es tan verde?
¿Por qué las colinas tienen color de cobre?
¡Qué risa! El castille tiene largos cabellos
que corren hacia el río!
(...) Cantemos, compañeros, y brindemos
por que todos los ríos lleguen al mismo mar!*

Coinciden, claro está, a lo largo de la vida, no sólo en este libro feliz y abundante que canta a la felicidad y a la abundancia. Pero ¿y “la línea”, la silueta?... Neruda ve el asunto así:

“Hace años, en 1938, el poeta español Rafael Alberti y yo vivíamos en el segundo piso de una librería, en París. En la ventana se mostraban las abundantes obras de Víctor Hugo. Al bajar a nuestro paseo diario por los quais del Sena teníamos por costumbre medir nuestra silueta contra aquellas ilustres *Oeuvres Complètes*. Rafael, desalentado, exclamaba: —Ya estoy pasando al quinto tomo de “Los Miserables”—. Y yo, a mi vez, después de controlarme, le respondía: —No he aumentado. Alcanzo sólo a “Notre-Dame de París”.

“Según Rafael esta es la época de los poetas gruesos como él, como Nerval, como Guillevic, vates de buen apetito como Eluard, y siempre capitanes o corifeos del vino. El tiempo de los pálidos y delgados portaliras fue el siglo XIX, con la lira desnutrida que suspiraba en forma sublime”.

Para Asturias, de la mesa insulsa de nuestros días puede culparse a los dietistas, a los modistos lánguidos, a ciertos industriales del “lunch” cuya “ciencia inconclusa” se apoya en la publicidad dirigida a “los renegados” de la vida.

(...) “El desabor es como el desamor. La insipidez se instala en las mesas, donde antes todo fuera contento. No faltar al régimen. Llegar a tener asco de los que comen. Horrorizarse al contemplar a los comensales de buen diente. Jamás un postre. Azúcar, nunca. Sacarina. Usar los cubiertos como pinzas. Y no mucha sal. La sal detiene el agua en los tejidos. La gordura es agua con sal. El mar es el gran gordo de la tierra. (...)”.

Este “alegato del buen comer” defiende brillantemente el convivio, los manteles, las vajillas hermosas, las copas de cristal y los cubiertos de estilo. Defiende a la mujer contra los huesos y los postizos. Acusa al nylon y a la fórmica, helados e impersonales, a la química sin papilas, al cartón con pretensiones elegantes y cómodas de plato y tenedor, a los relojes que marchan contra la vida.

“¡La buena mesa... los ricos vinos... los exquisitos postres..., la muerte...! Sí, señor, la muerte... pero la muerte viviendo y no la muerte no viviendo, absteniéndose de todo, negándose a participar en el banquete del vivir!”.

¿Cómo seguir a este par de gozadores insignes, sin que remuerda no transcribir los testimonios de cada uno de sus hallazgos?... ¿Qué parte del festín no aprovechar?... Es ciertamente irrenunciable el regodeo de algunas otras frases redondas y totalizadoras como la uva, a través de las cuales Neruda y Asturias nos invitan a salvarnos de veras con el desafío de las prohibiciones:

A. — Del terciario y cuaternario nos quedan las sopas de cangrejo, casi ígneas. Las sopas de tortuga. El mar profundo convertido en sopa. Y las crestas. Las crestas de los gallos nadando en las nuevas combinaciones afrodisíacas. Todos los caldillos y sopas del terciario y cuaternario son afrodisíacos. La sopa en el cuerpo en lugar de aquello del diablo en el cuerpo.

N. — Los violines húngaros ejercen aquí un dominio mayor. Sándor Lakatos eleva una melodía como en la punta de una espada; sube, sube y luego se derrama como un surtidor, como un fuego de bengala en la sombra del sueño. Estos músicos vestidos como húsares escarlatas parece que montaran guardia junto a cada mesa, para que la gula se proteja con galones dorados e instrumentos que cantan.

A. — Retrospectiva de sabores. (...) ¿Por qué sabor empezar? A un cocinero húngaro le oímos decir que hay el sabor de la sal del fuego. La escala es infinita. El paladar es imperfecto para medir de los sabores intensos a los tenues, las perspectivas paladeables. Un azumbre de este condimento es el asombro. Aquel granillo oscuro, perfumado, reventará en salsa de fulgor. La manteca reina. El polvo de amapolas riega de pecas las espumas batidas de los turronez que cubren los pasteles. El perejil y la mejorana encienden sus olores. Ajos, cebollas y tomates, pepinos, pepinillos, especias, todas las especias. (...) Y a este experimento de todas las horas, a este ensayo de todos los tiempos, a esta aventura diaria, prosa y verso unieron su propia aventura, en un florilegio del sabor que aquí epilogamos. Cantar en verso el buen comer y celebrarlo en prosa... (...).

N. — (...) Vinos que lloran o ríen acompañándose a tu alma. Vinos con insignias antiguas, cubiertas de gloria, o vinos sencillos de la pradera. Vinos sin nombre. Vinos de mediodía y de crepúsculo, vinos que sólo cantan de noche, vinos que nacieron

junto a las espigas de los segadores, vinos nuevos, recién salidos del orgullo de la cooperativa, vinos señoriales, de elegancia secular, vinos jóvenes, impetuosos y peligrosos, vinos para un minuto de tristeza, vinos para todos los sueños.

*Bebo por la vida
y por la vida.*

A. — Arremeter ligero... arremeter despacio... (indensos los platos ante los comensales).

Los comensales sorprendidos en apetito in fraganti ante un pescado del Lago Balaton, lago de aguas con alas, lago que inventó el cielo.

* * *

¡Y tantas otras golosinas como faltan...! Pero no cabrían todas, ni en pequeños trozos, por bien escogidas que fuesen, ni aún remojadas.

Ahora hay que ver si Jaime Duarte nos invita a comer.

Si lee la cosa y ojea (de ojo) el libro, no tiene salvación. Hay mucha mantequilla, mucho picante, mucha carne, mucho vino y mucho fuego de por medio. Espíritu y ganas no le faltarán. Imposible que, en este trance, no tenga partida de relaciones especiales...!

¿Y cuánto nos pagarán por este trabajo deleitoso que a esta altura de la noche avara y fría, entre bostezo y bostezo, nos huele naturalmente a masoquismo?... Habrá, eso esperamos, para algunas comidas proletarias —digo mal, sub-burguesas—, libres eso sí de las sintetizaciones químicas que están acabando con los paladares y con los goces elementales. ¿Alcanzará también para regalarnos una botella de vino?... Presupuestalmente tendría que ser —¡lástima!— un vino de uvas precarias, de maduración ilusoria, democráticamente “rendido” con zumos que no conocieron racimo. Entonces sí que sentiríamos la “íntima tristeza reaccionaria” del mexicano López Velarde, la misma que Neruda y Asturias sintieron en Pilvax..., mientras les llevaban el vino, el vino bueno.

Qué pena con ellos, y con nosotros, pero por aquí —sin fábula— las uvas están verdes... y Hungría queda lejos.

Resumamos:

LOS VINOS AFLUENTES

*Mientras otros son sólo mordicantes,
Asturias y Neruda son mordientes;
aquellos, envidiosos, babeantes,
éstos, espirituosos, biensabientes.*

*Los dos poetas son vinos afluentes
—anónimos jamás, más bien dicientes...—,
que mil sabores mojan como a puentes
tendidos a mandíbulas batientes.*

*Doble verdad por sávida y sabida
comer bien, beber más: ¡qué buena suerte
los bálsamos más hondos que la herida!*

*Que esa verdad a todos nos alerte,
pues sabe mal que el costo de la vida
nutra apenas la gula de la muerte.*

HUNGRIA, CONFLUENCIA DE AJIES Y PAPRIKA

*¡Capitanes sin espada,
sin audiencia,
a la intemperie,
traen la paprika roja
desplegada en su bandera!*

*Cayó la columna sin alas,
la ciudad sitiada,
la doncella dorada,
el castillo amurallado;
se olvidó la cantiga,
el código,
le lepra;
el huracán deshizo pueblos
de techos de baraja
y almenas y torres mutiladas
dejaron los palacios;
todo cayó,
la cifra,*

el esqueleto,
menos el pabellón de la paprika,
pimienta ensangrentada
que hace noche en Grecia
y amanece en Roma.

La polilla leyó los libros santos,
en la palabra Dios hizo su nido
y fue un agujerito solamente,
y contra la polilla, la paprika,
la que venía en el Corán dormida,
la que llegó de Oriente
entre conflictos,
por rutas de Venecia
y de Constanza,
a las planicies húngaras,
mientras Colón volvía
de Almirante
de pimientos,
ajíes,
chiltepes,
siete-caldos,
chilehuaques,
cargamento que halló
por intrincadas geografías,
endiabladas de especias y destinos,
a estas tierras magiares,
hoy confluencia de ajíes y paprika.

Comensales de pestañas de flecha
se dan sed, para el vino, con paprika,
mientras que el que comulga con ajíes
vuelve a vivir el sacrificio humano,
llora, suda, se retuerce,
ofrece al ídolo la lengua
y corta del coral mordidas rojas.

¡Hungría!
confluencia de ajíes y paprika,
idioma universal de los sabores,
todo en tí traducido a sangre propia
y a hospitalidad de beso dulce.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS.

SANGRE DE TORO

*Robusto vino, tu familia
no llevaba diadema ni diamante:
sangre y sudor pusieron en su frente
una rosa de púrpura fragante.*

*Se convirtió la rosa en toro urgente,
la sangre se hizo vino navegante
y el vino se hizo sangre diferente:
Bebamos esta rosa, caminante.*

*Vino de agricultura con abuelo
de manos maltratadas y queridas,
toro con corazón de terciopelo:*

*tu cornada mortal nos da la vida
y nos deja tendidos en el suelo
respirando y cantando por la herida.*

PABLO NERUDA